8 | BOCADESAPO

Revista de arte, literatura y pensamiento

Castellani y la guerra. *Bentivegna*
Dossier Tango: *W. Romero, L. Carzoglio, L. Junowicz, O. Conde, M. Saikin, N.Cirio, L. Vogelfang, F. Garramuño.*
Entrevista a *Tata Cedrón*
Cuento de *Claudia Feld*
Literatura negroafricana
Galaxias de Haroldo de Campos
Opinan *Bordelois* y *Zurita*

Segunda época | año XI | **Nº8** | Dic. 2010

8 | BOCADESAPO
Revista de arte, literatura y pensamiento

Segunda época | año XI | **Nº8** | Diciembre 2010

SUMARIO

- Editorial 1
- Castellani, la escritura, la guerra. *Diego Bentivegna* 2

Dossier Tango

- Presentación. *Walter Romero* 10
- Musas Plebeyas. *Lucila Carzoglio y Laura Junowicz* 16
- Un caso de engaño por amor. *Oscar Conde* 22
- Entrevista a Tata Cedrón. *Natalia Gelós* 26
- Identidades y roles sexuales en el tango argentino. *Magali Saikin* 35
- Crónica de un año patrio. *Norberto Pablo Cirio* 41
- Tango negro. Censo, mapa, tango y museo. *Lucía Vogelfang* 44
- Modernidades primitivas desde el siglo XXI. *Florencia Garramuño* 50

Cuento

- Desta tierra. *Claudia Feld* 57

Artículos

- Literatura negroafricana contemporánea. *Anna Rossell* 64
- Galaxias, work in progress, barroco. *Roberto Echavarren* 72

Opinión

- ¿Hay una poesía de mujeres? *Ivonne Bordelois* 78
- La extrañeza de no ser chino: relaciones entre academia y poesía. *Raúl Zurita* 79

Historieta

- *El inivisor,* Salvador Sanz *81*

La fotografía de tapa, al igual que las imágenes del Dossier Tango, pertenecen a **Carolina Rosaspini.**

Carolina Rosaspini (Buenos Aires, 1975) Estudió en la Escuela de Arte Cinematográfico de Avellaneda, y danza clásica y contemporánea durante su niñez y adolescencia. Trabaja como camarógrafa y fotógrafa *free lance.* Realiza videos institucionales para el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, desde el año 2003 hasta el presente. Se ha especializado además en filmaciones de espectáculos de danza.

Derechos reservados - Prohibida la reproducción total o parcial de cada número, en cualquier medio, sin la cita bibliográfica correspondiente y/o la autorización de la editora. La dirección no se responsabiliza de las opiniones vertidas en los artículos firmados. Los colaboradores aceptan que sus aportaciones aparezcan tanto en soporte impreso como en digital. BOCADE**SAPO** no retribuye pecuniariamente las colaboraciones.

STAFF

DIRECTORA
Jimena Néspolo

SECRETARIA DE REDACCIÓN
Natalia Gelós

CONSEJO DE DIRECCIÓN
Claudia Feld - Gisela Heffes
Diego Bentivegna - Walter Romero

JEFE DE ARTE
Jorge Sánchez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
David Nahon - Mariana Sissia

ILUSTRADORES
Paula Adamo - Víctor Hugo Asselbon
Santiago Iturralde - Salvador Sanz
Florencia Scafati

COLABORADORES
Ivonne Bordelois, Lucila Carzoglio, Norberto Pablo Cirio, Oscar Conde, Roberto Echavarren, Florencia Garramuño, Laura Junowicz, Magali Saikin, Anna Rossell, Lucía Vogelfang, Raúl Zurita.

ARTISTAS INVITADOS
Arturo Cedillo Maldonado - Mariana Sissia

E-mail: redaccion@bocadesapo.com.ar
suscripcion@bocadesapo.com.ar
publicidad@bocadesapo.com.ar
Editor responsable: Jimena Néspolo
Dirección postal: Hortiguera 684, (1406) Ciudad de Buenos Aires.
TE: (02322) 54-0064 / (011) 15 5319 5136

ISSN 1514-8351
Impresa en Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

www.bocadesapo.com.ar

CASTELLANI, LA ESCRITURA, LA GUERRA

La polémica obra del autor jesuita atraviesa el siglo XX explorando registros, tonos y géneros diversos. Extraña por tanto el vacío crítico que rodea a esta escritura entregada de lleno a desmontar "el fabril de frases hechas" y la producción doméstica de sentido. Aquí, una reflexión sobre el canon literario y las máquinas discursivas.

POR DIEGO BENTIVEGNA

Intentar decir algo en torno a la literatura de Leonardo Castellani implica –entiendo– preguntarse por el modo en que funciona la crítica al construir, nunca de manera completamente cándida, el artefacto literario; un canon posible de obras, un panteón de nombres autorales: en pocas palabras, un orden de lectura del que el escritor jesuita parece irremediablemente expulsado.

No hace mucho, Philippe Sollers encontró en el conde Joseph de Maistre, el prosista más admirado por Baudelaire, el reaccionario autor de las *Consideraciones sobre Francia* (que Castellani, por supuesto, cita profusamente), a la figura realmente maldita, mucho más que Sade o los poetas del XIX, de la letras francesas: "un ultra au style fulgurant, sans doute, mais tellement au contre-courant de ce qui vous paraît naturel, démocratique, sacré, et même tout simplement humain…"[1] Como en el enigmático conde saboyano, hay algo en la escritura de Castellani que parece no encajar con cierto modo de entender la literatura, un elemento anticanónico que resulta saludable pero difícilmente comprensible con las herramientas críticas habituales, como si no pudiéramos salirnos de la marca que Borges impuso al referirse rápidamente a ella. "Castellani es un autor de novelas policiales", afirmaba en una de las entrevistas que concedió luego del encuentro que ambos escritores, junto con Ernesto Sábato, tuvieron en julio de 1976 con Jorge R. Videla, el comandante de la Junta Militar que por entonces gobernaba la Argentina (ante quien Castellani se presenta para interceder por Haroldo Conti, secuestrado poco tiempo antes). Se trata de una frase, la de Borges, que, de manera genérica y apresurada, fija la manera en que la obra del jesuita será leída desde un canon nacional que tiene al autor de *El Aleph* como centro. ►

| La exaltación, el extremismo, la desmesura, el riesgo: Castellani puede ser cómodamente pensado a partir de estos conceptos. |

La expulsión de la obra castellaniana de casi toda consideración crítica que vaya más allá de su condición de coforjador del género policial moderno en la Argentina, con los conocidos relatos que giran en torno al padre Metri, resulta tan extraña como difícilmente explicable. En efecto, pocos escritores argentinos del siglo XX han sido tan polémicos y profusos como Leonardo Castellani. Nacido en el año 1899 en Reconquista, educado por los jesuitas de Santa Fe y de Córdoba, ordenado sacerdote en Roma en 1931, perfeccionado en filosofía y psicología en la Sorbona, expulsado de la Compañía de Jesús (1949), muere finalmente en Buenos Aires en 1981, casi en el completo olvido.[2] Las fechas 1899 y 1981 son –por cierto– significativas, pues inducen a pensar la producción castellaniana, una producción que se mueve en registros, tonos y géneros diversos, como una producción que atraviesa el meollo de lo que –con Badiou[3]– podemos pensar como "el siglo", a secas: el siglo veinte, el siglo soviético, el siglo nazi, el siglo fascista, el siglo vanguardista, el siglo revolucionario, el siglo peronista, el siglo guerrillero, el siglo genocida, el siglo, en pocas palabras, *bélico* –anunciado por las guerras coloniales y periféricas (la guerra de los bóers, los Balcanes, Libia) previas a la del 14 y clausurado, en los años 80, por la caída veloz de los regímenes comunistas.

La exaltación, el extremismo, la desmesura, el riesgo: Castellani puede ser cómodamente pensado a partir de estos conceptos. La virulencia de Castellani en pocos lugares alcanza tal grado de magnitud como en un sermón pronunciado en los años 60 (el sermón sobre los falsos profetas), donde exclama: "¿Pero dónde están los heresiarcas acá en la Argentina? Borges es un blasfemo; Mallea es un infeliz; Murena es un perturbado: no tienen capacidad para ser heresiarcas." Castellani es *un otro* con respecto al canon letrado moderno argentino, un escritor furibundo y difícilmente digerible desde los parámetros críticos dominantes en la academia.

A su modo, refunfuñando, recurriendo al oxímoron, la retorsión o directamente a la injuria, exponiéndose en el debate político y aislándose, Castellani atraviesa, pues, el siglo con un gesto discursivo que tiene algo de la desmesura rabelaisiana.[4] En su escritura, dúctil y flexible, tensa y maliciosa, se cruzan los restos de una formación escolástica en los rigores de las declinaciones latinas y del tomismo más estricto, las huellas de los más variados registros del habla de los argentinos, los marcos genéricos que articulan la industria de la cultura, la lengua chúcara de la tradición gauchesca y de los golfos cervantinos, los registros macarrónicos urbanos, los *pidgins* inmigratorios… Pocas producciones escritas argentinas, reiteramos, tan extensas; pocas, también, tan escasamente abordadas por la crítica académica. En general, Castellani aparece expulsado de antologías y de historias literarias, de diccionarios y de listas canónicas, del complejo entramado institucional de la crítica, que ha permanecido casi siempre distante de una figura altamente compleja, un verdadero *grafómano* que produce en un arco de medio siglo textos de inscripción genérica absolutamente disímil: ensayos de carácter filosófico, novelas en las que se dosifica la reflexión teológico-política y el relato de anticipación (*Juan XXII (XXIV)*), sátiras (*El nuevo gobierno de Sancho*), textos de no ficción (*Martita Ofelia,* el relato que dedica a un conocido caso policial de fines de los años 30, anticipa no pocas de las operaciones discursivas que Walsh asume en *Operación masacre),* volúmenes de exégesis (*El Evangelio de Jesucristo*) así como un reguero de pequeñas prosas de intervención sobre temas políticos y culturales.

El imaginario, el vocabulario, la retórica, son los de la guerra: como en la tradición antimoderna en la que copiosamente abreva,[5] el *pólemos* es una sustancia vivificante de la escritura de Castellani, desde los artículos que publica de manera profusa en los medios nacionalistas en los años 20 hasta sus tres grandes contribuciones a la novelística argentina *(Los papeles de Benjamin Benavides, Su majestad Dulcinea*, *Juan XXIII*), textos en los que se configuran conflictos no tanto entre naciones, sino entre bloques continentales, entre grupos étnicos, entre pertenencias religiosas.

Como el ser aristotélico, la guerra en Castellani se dice de muchas maneras, se despliega en varios planos, perfora géneros y discursos, moviliza: es la fuerza constitutiva de la palabra castellaniana.

II

Una buena opción para comenzar a adentrarse críticamente en la producción de Castellani es delimitar un medio y un problema concretos: centrarnos en un conjunto de problemáticas elaboradas en aquellos que suelen ser considerados como sus "años clásicos"; es decir, los años que van desde su regreso a la Argentina en 1935 luego de su formación en la Universidad Gregoriana de Roma y en la Sorbona, y la expulsión de la Orden jesuita, en 1949, después de permanecer dos años confinado en Cataluña, en la localidad de Manresa (especialmente significativa para los jesuitas ya que es en ella en la que se produce la *metanoia* de Ignacio de Loyola). Son los años marcados por la entreguerra europea, cuando se anhela una comunidad nacional, se piensa un comunitarismo antiliberal y antagónico también al propuesto por el materialismo histórico,[6] años marcados por la guerra civil española y la segunda guerra mundial. Son los años de la movilización total que Ernst Jünger analiza en un célebre ensayo de 1932, donde teoriza acerca del elemento bélico como el combustible que pone en movimiento el conjunto de lo social. Los años de la guerra total, la guerra que involucra a hombres, mujeres, ancianos y niños que el Dr. Joseph Goebbels, ministro de propaganda nazi, anuncia exaltadamente en 1943, cuando el curso del conflicto en el frente oriental hacia una victoria soviética, luego de Stalingrado, estaba ya definido.

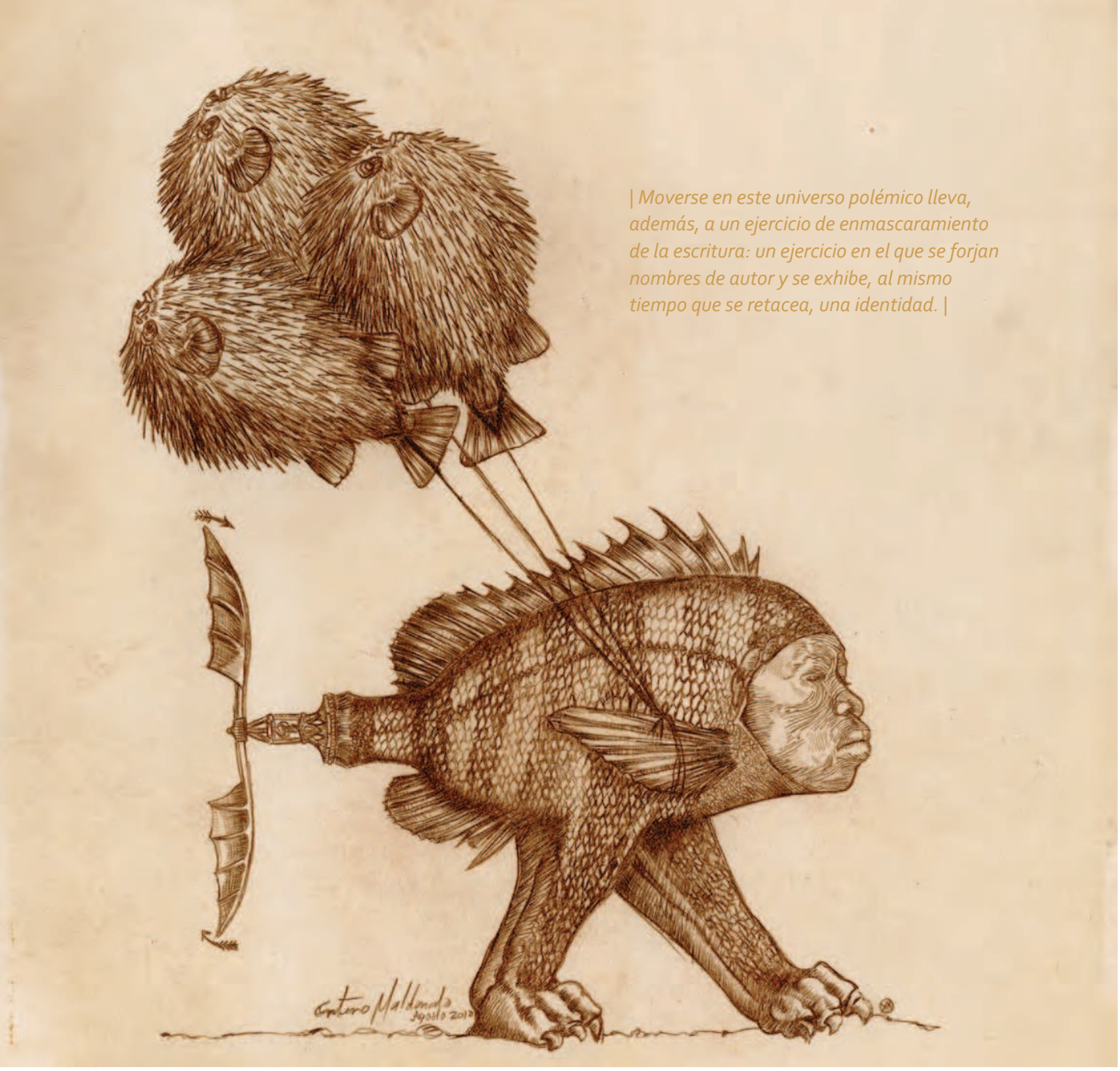
En Argentina, que se mantiene provisoriamente en la neutralidad, los tonos bélicos atraviesan el campo intelectual y político. Así, Roger Caillois, que se refugia en nuestro país ante la invasión germana que asola al suyo, escribe un extenso ensayo, "El culto de la guerra"[7]; en él, la conflagración moderna, la movilización total teorizada por Jünger y el discurso de Goebbels son convocados por Caillois de manera explícita para postular a la guerra moderna como un equivalente atroz de la fiesta en las sociedades industriales. Del mismo modo, un tiempo antes a la publicación del ensayo de Caillois, el 10 de junio de 1944, en la Universidad Nacional de La Plata, el coronel Juan Domingo Perón (hombre fuerte del gobierno militar de corte nacionalista instalado en la Argentina un año atrás), inauguraba con un discurso magnífico la cátedra de Defensa Nacional.[8]

"Al que me preguntan por qué firmo *Militis Millitorum*, le diré que en el latín clásico del diario *La Nación* eso significa *militar entre militares.* Yo soy un hombre que está en guerra."[9] En algún punto, el fragmento cifra el *ethos* bélico que subyace a los modos por los que Castellani opta, en estos años, para intervenir en los debates políticos y culturales, desde quien intenta forjar un estilo o construir un discurso que no podrá ser sino polémico, tenso, agónico, maximalista.[10]

Moverse en este universo polémico lleva, además, a un ejercicio de enmascaramiento de la escritura: un ejercicio en el que se forjan nombres de autor y se exhibe, al mismo tiempo que se retacea, una identidad. El que Castellani elige en este caso, *Militis militorum,* es clamorosamente una apelación al mundo militar, aun en lo más básico (*militis, -is*, en latín, soldado) pero es, también, una forma pedante, errónea, un latinajo que Castellani extrae del universo de la prensa hegemónica argentina, con su visión anquilosada e irremediablemente solemne de la cultura, un ensamble crítico que será, en estos años, uno de los principales objetivos de sus escaramuzas discursivas.

Es difícil no notar que la frase se escribe en 1944, en el período en que la guerra mundial había tomado su giro más dramático y que encontraba a la Argentina atravesada por fuertes debates en torno al mantenimiento o no del neutralismo, sostenido fuertemente por los sectores nacionalistas (desde los grupos cercanos al corporativismo fascista o falangista hasta el nacionalismo popular de Scalabrini Ortiz y Forja), pero resistido tanto por los liberales como por los sectores de izquierda tradicional. Se trata de una frase inmersa en un período en especial complejo desde el punto de vista político-cultural en el que el sacerdote jesuita participa de manera ferviente. Los años que van de 1935 a 1950 son los más productivos y complejos de la producción de Castellani; son, en efecto, los años en que colabora prolíficamente no sólo en medios prestigiosos del ámbito de la cultura católica argentina (como la revista *Criterio*) e incluso, de manera esporádica, en medios claramente inscriptos en una visión del mundo y de la cultura con las que su idiosincrasia pareciera tener escasos puntos de contacto (*La Nación, Sur*), sino también, y fundamentalmente, en una serie de publicaciones periódicas, muchas veces de carácter marcadamente panfletario, del ámbito nacionalista, como *El pueblo*, *Crisol*, *Nueva política* y, fundamentalmente, en el diario *Cabildo, el pueblo quiere saber de qué se trata*.[11]

Son, además, los años en que las intervenciones de Castellani en política se hacen explícitas por su cercanía a la Alianza Libertadora Nacionalista, desde la que se sostiene un modelo nacional-sindicalista que encarna un discurso antiimperialista e hispanoamericanista frente al avance de las potencias sajonas, asociada con un nacionalismo alternativo al representado por los sectores del nacionalismo conservador y en la que por entonces militaban jóvenes como Rodolfo Walsh, Rogelio García Lupo, Ricardo Massetti (futuro fundador de la agencia cubana de noticias Prensa Latina), Alicia Eguren (quien sería luego compañera de John William Cooke y que, años más tarde, caería víctima de la represión de la dictadura cívico-militar del 76), Guillermo Patricio Kelly y ►



| Moverse en este universo polémico lleva, además, a un ejercicio de enmascaramiento de la escritura: un ejercicio en el que se forjan nombres de autor y se exhibe, al mismo tiempo que se retacea, una identidad. |

Darwin Passaponti (asesinado durante la manifestación popular del 17 de octubre de 1945).[12] La cercanía de Castellani a este grupo y, sobre todo, su participación en las elecciones de 1946 como candidato a diputado en la ciudad de Buenos Aires, sellarán los conflictos con la orden jesuita y terminarán, en 1949, con su expulsión, luego de haber sido confinado durante dos años en la ciudad catalana de Manresa.

El espacio cultural recubierto por *Cabildo* es, a primera vista, heterogéneo, capaz de albergar posiciones que se caracterizan por presentar una visión alternativa al liberalismo, al cosmopolitismo y a las vertientes de izquierda. En el diario colaboran intelectuales que, en los años sucesivos, tendrán derivas políticas diferenciadas e, incluso, contrapuestas. Lo hacen, por ejemplo, jóvenes poetas y críticos, como Juan Oscar Ponferrada, Alfonso Sola González, José María Castiñeira de Dios o el jovencísimo César Fernández Moreno, que publica en el diario un mapeo fundamental para comenzar a entender el panorama poético de la primera generación del 40. Al mismo tiempo, el diario abre sus páginas a colaboradores que pueden exhibir una trayectoria intelectual sólida. Así, de manera más o menos esporádica, *Cabildo* recoge colaboraciones de intelectuales en plena madurez productiva, como Ernesto Palacio, Marcelo Sánchez Sorondo, Jordán Bruno Genta, Benjamín Lastra, Homero Guglielmini y, sobre todo en los primeros números, de dos filósofos formados en la antigua universidad de Córdoba y que podían exhibir una formación de altísima calidad en casas de estudio de Alemania: Nimio de Anquín y Carlos Astrada, que había asistido a las clases de Max Scheler y Martin Heidegger.[13] Más sólida aún en cuanto a la presencia sostenida en el tiempo es la colaboración de dos articulistas que exhiben formaciones y retóricas claramente diferenciadas: el catamarqueño Juan Alfonso Carrizo, célebre investigador de la tradición folklórica de la provincias del noroeste argentino y sus conexiones con la tradición hispánica y, precisamente, Leonardo Castellani, enmascarado casi siempre bajo el pseudónimo *Militis Militorum*.

III

Muchas de las intervenciones de "Militis Militorum" en *Cabildo* están dedicadas de manera directa a pensar la guerra moderna, sus alcances y sus implicancias en diferentes planos (político, económico, teológico, filosófico). Uno de estos artículos se titula, secamente, "La guerra"; en este escrito, publicado el 1 de julio de 1944, a pocos días de que se produjera la inauguración de la cátedra de Defensa Nacional –que *Cabildo* celebró con entusiasmo y cuyo discurso inaugural fue en parte reproducido–, Castellani se detiene en una cuestión que ha venido explorando desde los años de la guerra civil en España, el de la relación entre guerra y religión.

> *Después de la Gran Guerra del 14 se reunió en Friburgo un grupo de teólogos católicos, y después de mucho estudio opinaron que ninguna guerra moderna es justa. Por lo menos no se puede saber con certeza si es justa o no; tanto en el oscurecimiento de las mentes, las mentiras de la propaganda y el haz de motivos entreverados que intervienen en estos grandes conflictos. Esta no fue una declaración oficial de la Iglesia, pero no es cosa despreciable. Al empezar esta guerra, el jesuita Corbishy, redactor de la revista Month, declaró solemnemente que esta guerra no era una cruzada sino una catástrofe.*[14]

Castellani retoma de este modo algunos de los planteos que había esgrimido algunos años antes, en 1937, cuando participa en el debate desencadenado en las páginas de *Criterio* entre intelectuales católicos argentinos a partir de la visita de Jacques Maritain a Buenos Aires y de su posición crítica al apoyo casi incondicional de gran parte del mundo católico argentino al bando nacional en la guerra civil española.[15] Tanto en el caso de la guerra civil española como en el de la segunda guerra, Castellani distingue la interpretación teológica de la guerra de la interpretación en términos políticos: distingue aquella guerra que en términos políticos puede ser pensada como justa o injusta de la guerra santa. Mientras que, en este último caso, la cercanía de los católicos a alguno de los sectores en pugna puede ser explicada con argumentos de conveniencia o de cálculo, desde un punto de vista doctrinalmente cristiano la guerra, en tanto violencia, no puede ser legitimada cristianamente, ya que el mensaje de Cristo instala un quiebre en la reversibilidad del daño: no devuelvas mal por mal.

Se trata, para Castellani, de "absorber cuanto sea posible el mal para devolverlo, es la penicilina de la farmacopea de Cristo: y es lo único que puede parar la septicemia de las guerras."[16] Por eso, la muerte como acto público, algo cercano al martirio, en el que la lucha no se elimina sino que se transfigura en potencia, cercano al sacrificio como acto constitutivo del cristianismo,[17] se privilegia sobre el accionar del guerrero. "La guerra", el artículo de 1944, finaliza con una alusión a Nietzsche:

> *Esta terrible irrupción de la violencia en la tierra, que es el segundo acto de la guerra del 14, de suyo es interminable, por ser demasiado humana. Sólo la pueden terminar, combinados, el heroísmo de espada de los héroes y el heroísmo de yunque de los santos.*[18]

Precisamente en *Cabildo*, Carlos Astrada, que marca su distancia de las posiciones católicas que prevalecen entre los colaboradores del diario, escribe sobre Nietzsche, filósofo que será el centro de un libro publicado en 1945. El vitalismo está en el centro del artículo de Astrada, una reflexión sobre Nietzsche como filósofo de la vida que, según se adelanta en *Cabildo* en un recuadro destacado del 3 de enero de 1943, es fuertemente polémico con las lecturas en clave humanista, pero también en clave cristiana, de la filosofía nietzscheana.[19]

Astrada, como Castellani, escribe en *Cabildo* sobre la guerra, o mejor, sobre un tema que en la Argentina parecía no poder disociarse de ella: la neutralidad. Lo hace en un artículo publicado el 18 de julio de 1943 titulado "El legado sanmartiniano y la voluntad de soberanía". En él, el filósofo cordobés legitima la política neutralista del gobierno de la Argentina, concebida como "el dulce de América latina que se mantiene al margen de la vorágine bélica y en paz y en buenas relaciones con todas las naciones de la tierra, excepto aquella que, por su continua repulsa a los dictados de la conciencia cristiana, encarna la anti-civilización", en una alusión evidente al régimen de Stalin. La neutralidad en un momento que se considera como crucial ("nuevamente la historia nos coloca ante una encrucijada y nos impone un riesgo"); se trata de una paz tensa, custodiada según Astrada por un ejército nacional que asume su misión política ("la suprema responsabilidad de conducirnos a través de la tormenta"). Esta paz se piensa, pues, en coyuntura: en la articulación entre herencia y destino, entre arraigo en una línea histórica que remite a un momento configuracional (las luchas por la independencia y, sobre todo, la figura del general San Martín, y un futuro, un destino, "un anhelo de eternidad") en el que predominará la convivencia entre las naciones por sobre el *pólemos*, pero en el que la lucha (en términos de "beligerancia permanente por los sagrados ideales de la argentinidad") permanece como ineliminable.

Tanto Astrada como Castellani, desde formaciones diferentes y desde valoraciones contrapuestas del legado cristiano, sostienen desde un punto de vista filosófico y político la neutralidad argentina. En el caso de Astrada, la neutralidad se sostiene en una reflexión sobre el origen y el destino de la comunidad nacional, que inevitablemente nos remiten a Heidegger, a los escritos posteriores a *Ser y tiempo* y algunos textos particularmente polémicos de los años 30, inseparables de su adhesión inicial al ►

nazismo, como el celebérrimo discurso pronunciado en ocasión de asumir el cargo máximo de la Universidad de Friburgo, poco tiempo después de que Hitler fuera nombrado Canciller del Reich. Para Castellani, en cambio, la neutralidad se fundamenta en una tradición que considera cerradamente católica: la guerra moderna es una institución, según las palabras de Benedicto XV que el jesuita cita en varias oportunidades, "la institución permanente de la modernidad". La posición de los tradicionalistas católicos, que consideran a algunas guerras como guerras santas, es recusada por Castellani en función de una concepción de la guerra en términos prevalentemente políticos, una concepción que le permite elaborar el mal, el daño que toda guerra implica, y devolverlo en bien.

Para Castellani la guerra se detiene, en última instancia, cuando se obtura el carácter de contagio y de escalada violenta que toda respuesta bélica supone, aunque resiste –ineludible– como horizonte último de sus escaramuzas discursivas.

| *Tanto Astrada como Castellani, desde formaciones diferentes y desde valoraciones contrapuestas del legado cristiano, sostienen desde un punto de vista filosófico y político la neutralidad argentina.* |

IV

Junto con el sistema escolar estatal, el principal blanco de la guerrilla discursiva castellaniana de estos años está constituido por la prensa misma, a los que el jesuita dedica toda una serie de intervenciones que pueden subsumirse en una de las páginas más notables de un texto especialmente logrado, *El nuevo gobierno de Sancho*, firmado por Cide Hamete hijo (publicado por primera vez en 1942 y republicado en 1944): el fabril de frases hechas, "una especie de organillo titirimundi o máquina de calcular". Cuando se gira la manivela del organito, surgen frases claramente asociadas con el discurso liberal argentino, como: "Los males de la libertad se curan con más libertad", "La victoria no da derechos", "Yo respeto todas las opiniones", "El dogma progresista de la fraternidad universal por encima de todas las razas y religiones", etc. El fabril es una máquina discursiva que, al operar por profusión, desarma toda idea autoral:

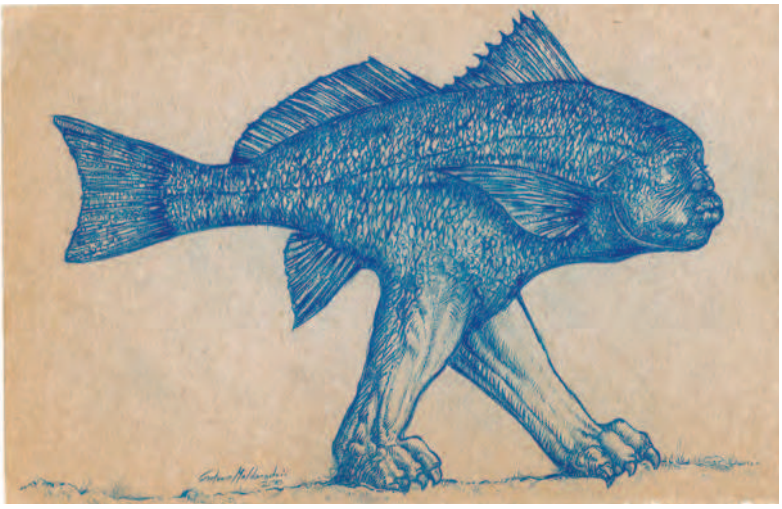
> *Señor, primero los diarios ya no le pagan derechos de autor, y dicen que las frases ya son dellos. Después, los candidatos han abandonado la frase hecha por el floripondio; finalmente, en el Parlamento, tomando como ejemplo el Concejo Deliberante, no se dicen más que zafaduría. Pero resulta que los pedagogos de la ínsula exigen unas mercaderías tan entonadas y tan fusquilocuentes y sesquidepalesques que se descompone la máquina. Y no hay derechos a hundir de esta manera una industria nacional.*[20]

En uno de los artículos que dedica a Roberto Arlt, Beatriz Sarlo piensa la fascinación técnica, maquínica, del autor de *Los siete locos* en contraposición a otro tipo de máquinas, máquinas del imaginario, presentes con fuerza en uno de los escritores de la elite argentina: Adolfo Bioy Casares.[21] Las máquinas de Castellani, como su propia literatura, son máquinas discursivas irreductibles a esa dicotomía, del mismo modo que su escritura, formada en los rigores jesuitas, difícilmente pueda ser reducida a la oposición dominante con la que los críticos académicos han pensado el funcionamiento de la literatura argentina: la oposición entre, por una parte, las lenguas y la biblioteca recibidas filialmente por los hijos de la elite y, por la otra, la lengua insegura y las bibliotecas precarias de los hijos de inmigrantes (Arlt, Castelnuovo, Fijman, Barletta). Se trata, por cierto, de una concepción crítica que piensa ciertas escrituras, las escrituras de miembros de los sectores populares criollos y de los grupos inmigratorios, en términos de carencia,

de vacío: en términos de un "hueco de cultura" cuyo llenado estaría, inevitablemente, en los escritores ligados por lazos familiares con la módica elite argentina, plasmada fundamentalmente en la galaxia que gira en torno a *Sur* (el *blasfemo* Borges, el *infeliz* Mallea, el *perturbado* Murena), con su jerarquía de géneros y lenguas prestigiosos y cuyos patrones críticos, de este modo, se reproducen.

Quizá la poca visibilidad de la escritura de Castellani, como todo un sector de la literatura argentina de su época, se deba a que se constituye en un campo que no encaja en la oposición entre la escritura alta y la escritura de "los hombres nuevos, los hijos de inmigrantes, lo que no forman parte de la elite".[22] La de Castellani es una palabra estudioso, escolástica, en un sentido amplio, capaz de mímesis con el universo lingüístico "bajo", jergal y dialectal, pero también de asumir con solvencia la traducción de la *Suma Teológica* de Santo Tomás, del *Apocalipsis* de San Juan o de afrontar una lectura puntillosa y al día de la filosofía de Kierkegaard (En *De Kirkegor a Tomás de Aquino*, de 1973) y de la bibliografía en cuatro lenguas sobre ella. Lo es, por un lado, en un sentido si se quiere teórico: una palabra indisociable de una tradición de estudio ligada con el tomismo y que, cuando Castellani se perfecciona en Europa, se encuentra en pleno proceso de revalorización a través de autores en lengua francesa, como Jacques Maritain, Joseph Maréchal y Étienne Gilson.[23]

Es una palabra escolástica, también, en un sentido más craso: una palabra que se estudia con esfuerzo, como una lengua muerta, como el latín que la vehiculiza. En el "fabril de frases hechas" se cifra el tipo de mecanismo que obsesiona a Castellani: su atracción por las máquinas discursivas, máquinas de producción seriada de enunciados, máquinas de sentido, máquinas que construyen la opinión pública. También, en el ámbito de la literatura, máquinas canonizantes. ■



1 **Sollers, Philippe.** "Eloge d´un maudit", consultable en el sitio personal del autor: www.philippesollers.net.

2 Cfr. **Randle, Sebastián.** *Castellani*. Buenos Aires, Vórtice, 2003. Se trata de una biografía pormenorizada, con gran cantidad de materiales inéditos provenientes de los diarios y las cartas del autor, pero que llega sólo hasta el año 1949.

3 **Badiou, Alan.** *El siglo*. Buenos Aires, Manantial, 2005.

4 Precisamente, es a partir de una frase de Rabelais ("Fraile de verdad si los hubo desde que el mundo fraileando frailea frailerías") como **Carlos Astrada**, sobre quien volveremos en este texto, alude a "nuestro grande y admirado amigo Leonardo Castellani" en el prólogo a la segunda edición de *El marxismo y las escatologías* (Buenos Aires, Juárez, 1969).

5 Extraigo la expresión "antimodernismo" de **A. Compagnon** (*Los antimodernos*. Barcelona, Acantilado, 2007).

6 Cfr., entre otros, **Jeffrey Herf** (*El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990) y **Domenico Losurdo** (L*a comunidad, la muerte, Occidente. Heidegger y la "ideología de la guerra"*. Buenos Aires, Losada, 2003).

7 Incluido en: **Caillois, Roger.** *Fisiología de Leviatán.* Buenos Aires, Sudamericana, 1946. Sobre Caillois y sus elaboraciones teóricas en la Argentina, ver: **Antelo, Raúl.** "Roger Caillois: magia, metáfora, mimetismo" en: *Boletín de Estética*, n. 10, Bs. As., junio de 2009.

8 Algunas conexiones entre la idea jüngeriana de "movilización total" y aspectos del discurso de Perón han sido esbozados por **Horacio González** en: *Perón. Reflejos de una vida.* Buenos Aires, Colihue, 2007.

9 **Castellani, Leonardo**. "Gobernar" (17-5-1944) en: *Las canciones de Militis*. Buenos Aires, Dictio, 1977, pág. 189.

10 Para una caracterización del discurso agónico, cfr. **Angenot, Marc**. *Le parole pamphletaire.* Paris, Payot, 1982.

11 Fundado en 1942 por Lautaro Durañona y Vedia, *Cabildo* fue quizás el más importante de los emprendimientos de la prensa del nacionalismo de los años 40. No se lo debe identificar con la revista homónima publicada desde mediados de los años 70 y ligada con los sectores más rancios del nacionalismo católico vernáculo.

12 Sobre la Alianza, cfr. **Marisa Navarro Gerassi** (*Los nacionalistas*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968) y **Daniel Lvovich** (*Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Javier Vergara, 2003).

13 Cfr. el valioso estudio de **Guillermo David**: *Carlos Astrada. La filosofía argentina*. Buenos Aires, El cielo por asalto, 2004.

14 **Castellani, Leonardo.** "La guerra" en: *Decíamos ayer*. Buenos Aires, Sudestada, 1968, pág. 96.

15 Cfr. los artículos "Maritain, hombre de acción" (recogido en: **C. Floria** (ed.) *El pensamiento del nacionalismo*, Bs. As., El Ateneo, 2010) y "Sobre tres modos católicos de ver la guerra española" (recogido en: **Castellani, Leonardo.** *Las ideas de mi Tío el Cura.* Bs. As., Excalibur, 1984).

16 "La guerra", ob. cit., pág. 98.

17 Al respecto, son fundamentales las observaciones de **Erik Peterson** en un escrito de 1937, "Testigos de la verdad" (en: *Tratados teológicos.* Madrid, Cristiandad, 1966). Es evidente la deuda de Castellani hacia Peterson, que fue profesor en Roma a partir de 1933 y a quien cita en varias oportunidades y cuyo nombre adopta para dar forma a uno de sus tantos pseudónimos, "Erik María Petersen".

18 "La guerra", ob. cit, págs. 98-99.

19 **Astrada, C.** "Nietzsche, filósofo de la vida" en: *Cabildo*, 29 de agosto de 1943.

20 **Castellani, Leonardo.** *El nuevo gobierno de sancho*. Buenos Aires, Penca, 1994, pág. 230.

21 **Sarlo, Beatriz.** "Ciudades y máquinas periféricas" en: *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires, 2007, pág. 225.

22 *Ibid* pág. 224.

23 En este sentido, la Iglesia como espacio formativo (que, pensemos en Rodolfo Walsh o en Haroldo Conti, en Alicia Eguren o en Leopoldo Marechal, en Hernán Benítez o en Héctor Viel Temperley, no es un dato menor para pensar una zona de la literatura argentina) habilita el acceso a un saber de lo universal, de lo estrictamente católico desde un punto de vista etimológico.